

EL FUNERAL

(A Penny Slater)

La Universidad de Warwick está cerca del corazón de Inglaterra, en una región llamada *The Midlands*. El trimestre de otoño termina todos los años en la primera quincena de diciembre. Un día, a primeros de mes, al entrar en la sala de los profesores encontré a Penny, una colega del equipo del español, sentada en uno de los sillones y bebiendo una taza de té. Aunque, estaba usualmente de buen humor, en esta ocasión la encontré triste y decaída. Le pregunté si se sentía mal y me dijo que su padre acababa de fallecer. La muerte de un padre siempre es un duro golpe que suele marcar nuestras vidas. Dándome cuenta del dolor y el sentimiento de soledad que tal acontecimiento produce, le dije si podía serle de alguna ayuda. Me dijo que le confortaría mucho que estuviera con ella el día del funeral, y le prometí mi asistencia. Me dijo que el funeral tendría lugar el once de diciembre, a las once de la mañana; y que la iglesia estaba muy cerca de la estación del ferrocarril. Le pregunté si quería que yo diera sus clases. Me dio las gracias y me dijo que el enseñar la distraería y le haría sentirse mejor.

El día once amaneció húmedo, nublado y con una blanca bruma, un típico día del final del otoño inglés. Después de ponerme mi traje gris, una corbata y unos zapatos negros y mi abrigo y sombrero austriacos, fui a coger el tren para Berkswell. Al llegar a Berkswell, le pregunté al jefe de estación, un señor bajito, con bigote y un amistoso rostro, por la iglesia de Berkswell. Me dijo que estaba bastante lejos y que lo mejor que podía hacer era llamar un taxi. También me dijo que cerca de la estación había una cabina telefónica. Como el funeral empezaba a las once, y ya eran las diez y cuarto, llamé por teléfono, pero la compañía de taxis me dijo que no podían mandarme un taxi hasta las once; por lo tanto, decidí ir andando. Después de andar más de un kilómetro, no se divisaba ni la iglesia, ni la aldea. Me crucé con una robusta joven que estaba haciendo footing y me dijo que yo estaba caminando en la dirección opuesta. Me dio claras direcciones y, volviendo sobre mis pasos, cogí un estrecho camino usado por los granjeros locales. Para empeorar las cosas, se puso a llover copiosamente. Pasó un granjero con un tractor y, aunque aminoró la marcha para no salpicarme con el barro, al pasar por un bache en el camino, el agua barrosa enlodó mis zapatos y mis pantalones. Finalmente, llegué a Berkswell, cansado, pero sintiendo una sensación de alivio. La aldea está edificada en lo que fue el antiguo bosque de Arden. El lugar olía a tierra húmeda y a fuego de carbón; esos aromas únicos de las aldeas rurales de Inglaterra. La iglesia, un bello edificio normando del siglo XII, estaba casi vacía. Dos albañiles estaban reparando la lápida de una vieja tumba y todavía se podían ver unos restos humanos. Les pregunté si ya había terminado el funeral y me dijeron que allí no había habido ningún funeral; a menos que yo quisiera organizar uno para el pobre diablo de la tumba que acababan

de abrir. No apreciando su sentido del humor, dejé la iglesia y al salir, me paré un momento a contemplar el antiguo cementerio cubierto por el césped y las centenarias tumbas.

A la salida del cementerio había una alberca y la aldea se apiñaba alrededor de ella y de un pequeño prado comunal. Había incluso una picota en medio del césped. Pensé lo terrible que habría sido, en el pasado, exponer al ridículo público a los que habían infringido la ley. Había dejado de llover. Me acerqué a dos jóvenes que estaban arreglando unas cañerías en la calle y les pregunté dónde podría encontrar un taxi. Me dijeron que no había ni taxis, ni teléfonos públicos en Berkswell. Miré mi reloj y ya eran las once y cuarto. Al verme mi expresión angustiada, uno de ellos me preguntó si me pasaba algo. Se lo resumí, lo mejor que pude, y me dijo que la estación de Balsall Common era la misma que la de Berskwell y que allí había una iglesia cerca de la estación. Sin que yo se lo pidiera, se ofreció a llevarme. Después de sacar una caja de herramientas de su coche, me dijo que subiera. Su comportamiento no me sorprendió ya que, en los más de treinta años que había vivido en Inglaterra, había conocido rasgos de generosidad como éste. Pronto llegamos a la iglesia que estaba al lado de la estación; dándole las gracias me bajé y, después de desearme suerte, se alejó con su viejo y ruidoso coche. Había algunos coches aparcados cerca de la iglesia y pensé que, aunque hubiera terminado el funeral, al menos podría presentar mis respetos a la familia y darles mi pésame. La puerta principal estaba cerrada. Encontré una puerta lateral abierta y entré.

Me encontré con un grupo de mujeres, de mediana edad, que estaban poniendo flores en unos búcaros de cristal. Al verme, una gritó: '*A man!*' (Un hombre), y me preguntó si había ido a ayudarles. Conté, otra vez, mi historia del funeral y después de tomar una taza de té con galletas, que ellas amablemente me dieron, e ir al baño, decidí abandonar mi búsqueda y regresar a la universidad.

Mi aspecto al llegar debió ser deplorable por el cansancio, los zapatos y pantalones cubiertos de barro y un gran sentimiento de frustración, al no haber podido asistir al funeral. Elizabeth, la secretaria del Centro de Lenguas, me preguntó cómo había ido el funeral. Le expliqué que tal vez me había equivocado de fecha ya que en la iglesia de Berkswell sólo había encontrado dos hombres restaurando una antigua lápida sepulcral. Al decir esto, mi colega Philip, que me había oído, salió de su oficina diciendo: - El funeral no era en Berskwell, sino en Bedworth -.

Llamé a Penny por teléfono y después de explicarle las razones de mi ausencia en el funeral me dijo: - Salvador, no te preocupes. La verdad es que no sé si voy a empezar a llorar o a reír...

Salvador Ortiz-Carboneres
Honorary Fellow
Universidad de Warwick